

Editorial

por Santiago Almanzo.

Con este cuarto número de Pangea celebramos el primer aniversario del boletín. Con este cuarto número de Pangea celebramos algo que, hace no tanto, era apenas una intuición: el primer aniversario de un boletín muy bien acogido por nuestra comunidad otorrinolaringológica. La cantidad de propuestas recibidas en estos meses confirma que la ORL es una de esas especialidades en las que la ciencia convive de forma natural con el arte. El arte de tratar con personas, de escuchar al otro, de imaginar anatomías que rara vez son idénticas y de tomar decisiones que no siempre caben por completo en una guía, sino también en la experiencia, la intuición y el juicio clínico. Esa mezcla, tan propia de nuestra especialidad, es también la que da sentido a este boletín.

Este número vuelve a demostrarlo. Se abre con el recuerdo del profesor Juan Bartual Pastor y continúa con el perfil de Juan Gassó Bosch, fundador de GAES. En las conexiones humanísticas el lector encontrará un recorrido especialmente amplio: desde la música atonal y su relación con los sistemas auditivos y de recompensa, hasta la segunda parte de las rutas por las ciudades machadianas; desde Gita Ashram y salud, que nos acerca al Bhagavad Gita, texto fundamental del pensamiento hindú, y a una visión de la salud entendida como equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu, hasta el efecto Lombard y las modas telefónicas actuales; desde una lectura sensorial de La muerte en Venecia hasta el sugerente cruce entre ornitología y ORL, sin olvidar el texto sobre la adquisición del lenguaje por los homínidos. Completan el boletín la creatividad siempre reconocible de Primitivo Ortega con San Blas 2026, una viñeta cargada de ironía y actualidad que, a través de la imagen del santo quitando una espina, alude a la reivindicación de un estatuto médico propio; una mirada al profesor Jordi Perelló y su teoría mucocondulatoria de la voz; la reflexión ética sobre la frontera moral en la consulta; y, en “Con sello propio”, la figura de Semmelweis, pionero en la implantación de la higiene de manos hospitalaria.

Cuando elegí la Otorrinolaringología no imaginaba que me ofrecería tantas oportunidades para cultivar la mente más allá de la ciencia estricta. Quizá por eso valoro especialmente la existencia de un comité como este, poco frecuente en otras especialidades. Pangea nos recuerda que un buen otorrino no solo estudia, opera o investiga: también observa, duda, escucha

y se deja interpelar por todo aquello que amplía su mirada sobre el ser humano. Esa es, al final, también una manera de formarse.